

# Historia íntima del amor masculino<sup>1</sup>

*Federico Jeanmaire<sup>2</sup>*

---

<sup>1</sup> Como continuidad del número anterior, compartimos con ustedes la segunda y última parte del borrador de una novela posible. Al tratarse de un texto que no tiene aún su versión final, hemos decidido respetar el diseño y el formato original.

<sup>2</sup> Federico Jeanmaire (Baradero, Argentina, 1957) es licenciado en Letras, profesor universitario y especialista en El Quijote. Como investigador del Siglo de Oro, fue becado en 1990 por el Ministerio de Relaciones Exteriores de España para trabajar en la Sala de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, en Madrid.

Ese mismo año su libro Miguel, una biografía ficticia de Cervantes, resultó finalista del Premio Herralde de Novela y publicado por la editorial Anagrama. Con su novela Mitre, obtuvo el Premio Especial Ricardo Rojas a la mejor novela argentina escrita entre 1997 y 1999, galardón otorgado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Asimismo, después de 20 años de estudio, publicó Una lectura del Quijote (SeixBarral, 2004), un ensayo que lo confirmó como uno de los mejores especialistas y lectores de Cervantes.

A Marcela la conocí una tarde. Hace algunos meses. Fue con una amiga a escucharme hablar sobre el Quijote en una librería de Belgrano. Cuando terminó la charla, las dos se acercaron y me invitaron a tomar algo.

Fuimos.

A un bar de Palermo en el coche de su amiga.

La verdad es que no le había prestado atención. Había mucha gente alrededor cuando me hicieron la propuesta. Y después, dentro del coche, a ella le tocó el asiento trasero y la amiga, mientras conducía, no paraba de hablar.

No sé.

Lo cierto es que recién la descubrí al bajar del auto: alta, segura, ojos oscuros que miraban sin complejos, la voz algo nasal y una sonrisa enorme que le llenaba casi toda la cara.

Me cuesta creer que alguien pueda enamorarse de un cuerpo. Supongo que debe haber casos, quizás hasta miles o millones. Pero me cuesta. Jamás me pasó. Lo que nunca me costó, por el contrario, fue enamorarme de una sonrisa o de un tono de voz o de una manera de mirar. Sobre todo de ciertos reflejos en los ojos de una mujer.

Desde algún rincón de la soledad, y a pesar de mis escasos once años y medio, aquella noche de quermese en mi pueblo natal alcancé a comprender cabalmente que la cancha de básquet era una fiesta. Y algo todavía más importante: entendí que el amor era una fiesta.

Las risas.

El baile.

La cercanía.

El amor: la más íntima y la más fabulosa de las fiestas humanas. Una alegría que a partir de esa noche juré no perderme por nada del mundo. Lo que me llevó algo más tiempo, en cambio, fue descubrir que las fiestas nunca son eternas, que en algún momento se terminan y hay que aguantarse las ganas hasta la próxima.

Marcela baja del colectivo algo más alta de lo que la recordaba. Pero con el mismo brillo en el oscuro de sus ojos. Bellísima. Riéndose y hablando sin parar.

Sospecho que está nerviosa.

Tan nerviosa como nervioso estoy yo.

Muy a pesar de que hace rato que ninguno de los dos somos unos niños.

Ayuda bastante poco, me da la impresión, la acumulación de experiencias amorosas a la hora de comenzar una nueva. Ocurre de igual modo. Siempre. La misma incertidumbre, el mismo desconocimiento y la misma incontrolable cadena de deseos. Exactamente igual a como ocurrió en la puerta de la farmacia de los padres de Camila o durante la primera de las vueltas a la plaza de mi pueblo aquella sagrada noche de domingo a mis once años y medio.

Disparate es una hermosa palabra. Una palabra que me encanta. La usa Cide Hamete Benengeli bastante pronto: nuestro hidalgo acaba de salir de su aldea montado sobre Rocinante y, mientras cabalga buscando su primera aventura, cuenta el moro que va ensartando un disparate detrás del otro.

Anda solo con su alma.

En un escenario que desconoce.

Y muchos de esos disparates, claro, refieren a su desbocado amor por Dulcinea. Dice que su princesa le tiene cautivo el corazón, afirma que lo ha obligado a despedirse, le reprocha el hecho de que no le permita verla y, finalmente, le pide por favor que no lo olvide, que todo, absolutamente todo lo que hará a partir de ese momento, lo hará por ella.

Cide Hamete lo cuenta.

Pero no le cree.

Para Benengeli, se trata de uno de los tantos desvaríos causados por su locura. Un disparate, el amor por su dama. Otro más.

No tengo la suerte de Don Quijote: a nadie se le ocurriría seguirme con el objeto de narrar los quehaceres de mi vida. Y si por casualidad alguien lo intentara, estoy seguro que el aburrimiento colosal de mis escasas aventuras lo haría abandonar la pesquisa bastante pronto.

Aunque.

De persistir en el intento, estoy convencido de que ese hipotético narrador también usaría la palabra disparate para describir desde alguna precisión el devenir de mi amor por Claudia, el devenir de mi amor por Marcela o el devenir de cualquiera de los muchos amores de mi vida.

Apenas bajó del coche en Palermo y se plantó frente a mí, supe que quería terminar lo más cerca que me fuera posible del brillo de esos ojos y de la risa gigante que le cubría la cara. Pero tardo. Ya lo avisé antes. A los pocos segundos, la amiga también se plantó frente a mí, entramos en el bar y solo tuvimos un par de momentos a solas en toda la noche, dos ratos para fumar afuera del local, por suerte la amiga no fumaba.

Sin embargo, no le dije de mis ganas.  
Solo nos pasamos los números telefónicos.

Me fui del bar en un taxi. Vivo en el sur de Buenos Aires y ellas vivían en el norte. Me fui con apenas unos pocos saberes acerca de mi amada Marcela: que era profesora de literatura, que tenía una hija de doce años, que estaba divorciada, que no se llevaba del todo bien con el padre de su hija y que el muy maldito no se hacía cargo de nada.

El brillo de sus ojos.

Y la sonrisa gigante.

Esos eran los únicos dos saberes sobre ella que realmente me importaban. Dos saberes que se parecían en mucho a un manubrio de Harley-Davidson.

Luego de liberar de sus ataduras al joven Andrés para al rato dejarlo otra vez a merced de su desalmado patrón, casi al principio de la historia, Don Quijote se encuentra por el camino con un tropel de hombres y les advierte que no pasarán sin antes jurar que no existe en el mundo mujer más hermosa que su señora Dulcinea del Toboso. Los hombres le responden que primero tendrían que verla para después poder afirmarlo, el Quijote les asegura que alcanza y sobra con sus dichos, los hombres se niegan a hacerlo y nuestro héroe, algunas líneas más adelante, terminará muy maltrecho en el suelo.

La escena plantea un par de cuestiones interesantes acerca de la relación entre los varones y el amor.

Al menos un par.

La primera de las cuestiones.

Llevado a cualquier otro ámbito, el encuentro muestra a un hombre vanagloriándose de la belleza de su amada frente a otros hombres. Una costumbre masculina bastante ordinaria. Bastante común. No alardea de la inteligencia o de los logros de esa mujer, solo fanfarronea acerca de su belleza. Los hombres que lo rodean se niegan a jurar que es la más hermosa, él se enoja, espolea a Rocinante, el caballo tropieza, nuestro hidalgo cae al suelo y ahí lo muelen a palos.

Ocurre en el camino.

Hace más de cuatro siglos y con el Quijote como protagonista. Sin embargo, me da la impresión de que una escena más o menos similar todavía podría ocurrir cualquiera de estos días en una esquina o en un bar de Buenos Aires si es que estuvieran abiertos, la pandemia los ha clausurado.

Por defecto, la segunda de las cuestiones que plantea la escena refleja también lo masculino de su concepción.

Se trata de un asunto íntimo, el amor.

De una intimidad incomunicable.

Imposible de contarse a otros varones en un bar de Buenos Aires o en medio de un camino manchego a principios del siglo XVII. En rueda de hombres, quizá pueda explicarse con algún éxito el manubrio fantástico de una bicicleta, pero nunca el brillo de unos ojos o la sonrisa enorme que llena toda la cara de una mujer. Jamás podrían explicarse. Por eso la fácil referencia a la belleza y el absoluto silencio respecto de los verdaderos motivos del amor.

Imagino que apenas Camila me avisó que Claudia había aceptado convertirse en mi novia, corrí a contarles la novedad a mis amigos. Feliz. A los gritos, debo haber ido a contarles. Y supongo, también, que si alguno de ellos no la conocía, otro de mis amigos o yo mismo, para ubicarlo, habrá mencionado, en primerísimo lugar, el maravilloso manubrio de su bicicleta. Lo imagino porque no lo recuerdo. Sin embargo, no creo que mi imaginación se equivoque demasiado respecto de lo ocurrido hace tantos años.

¿Claudia habrá puesto en consideración de Camila mi propuesta de noviazgo? ¿Decidió aceptarla sin consultarlo con nadie? ¿Y Marcela? ¿Habrá charlado Marcela sobre mí con su amiga mientras volvían hacia el norte juntas en el coche?

Es poco lo que se sabe del otro.

Casi nada.

Lo único cierto es que, cuando un rato más tarde me bajé del taxi en la puerta de mi casa, tenía cuatro mensajes de ella que no había visto esperándome en la pantalla del teléfono.

Esa noche estuvimos conversando más de una hora. Mensajes escritos. Mensajes de voz. Mensajes repletos de deseos de volver a verla de mi parte. Montón de palabras. Montón de señales.

¿También de Marcela?

Estaba convencido de que era así, entre otras cosas, ella era la que había comenzado el hilo de mensajes. Aunque, claro, como tantas otras veces podía equivocarme.

Al otro día, corrí a contarle la novedad a mi amigo Anselmo. Uno de esos pocos varones de mi edad capaz de entender el brillo de unos ojos y la sonrisa gigante en la cara de una mujer. Uno de esos pocos varones de mi edad capaz de comprender mi amor sin llegar a

preguntarme, en algún momento del devenir de la charla, si Marcela estaba o no estaba buena.

Se lee por ahí que el amor del Quijote por Dulcinea es un amor ideal. Una ilusión, un invento. La fantasiosa mentira de un loco.

No me lo parece.

De ningún modo.

Dulcinea no es un amor ideal. O, para decirlo de otra manera, es un amor tan ideal como otro cualquiera. *El ojo del amo engorda el ganado*, refiere el dicho popular. O lo que es casi lo mismo: Dulcinea no es más que Aldonza Lorenzo desde la visión enamorada de Don Quijote. Le pasa al caballero, me da la impresión, aquello que nos pasa a casi todos los mortales cuando nos enamoramos.

Las formas del amor y de las novelas han cambiado montón en cuatrocientos años. También en los últimos cincuenta. Pero no han cambiado del todo. En algún sentido, el amor y las novelas siguen ocurriendo. Y, mientras sigan ocurriendo, escribir novelas y enamorarse siempre se parecerán a escribir novelas y a enamorarse.

Hace poco más de cuatro siglos, Cervantes se sentaba frente a un papel y dibujaba con su pluma, por ejemplo, la palabra disparate para describir los dichos amorosos del Quijote en su primera salida. Elegía esa palabra entre muchas otras que estaban a su disposición. Y la dejaba allí para la eternidad. No la quitaba ni la tachaba. En esa decisión se jugaba su forma de escribir y, al mismo tiempo, su manera de entender el amor.

El amor y la escritura no han cambiado tanto, me da la impresión.

Al otro día de conocer a Marcela, y de escribirnos durante más de una hora, volvimos a enviarnos decenas de mensajes telefónicos. Palabras llenas de señales. Ahora sí, con toda seguridad, desde ambos lados. Y entre las muchas promesas que nos hacíamos, una de las que sonaba con más fuerza era la de no engañarnos, la de decirnos la verdad.

Sospecho que eso nunca cambió.

Siempre fue así.

Los enamorados se prometen no mentir el amor. Incluso aunque estén mintiendo cuando lo prometen. Una cara que hace cincuenta años se ponía roja al pasar cerca de Claudia, resulta de una verdad insoslayable. O no, quizá solo se tratara de un efecto no deseado de la vergüenza. Un caballero que hace cuatro siglos se jugaba la vida frente a otros hombres

por el amor a una mujer, creo que también decía la verdad. O no, quizá sólo quería medir su valor frente otros hombres.

He mentido el amor algunas veces, lo sé.

Pero en mis mensajes a Marcela, juro que no lo hacía.

Vale una salvedad: el hecho de no haberle mentado a Marcela en mis mensajes no me hace mejor o más sincero que ella o que Claudia o que el Quijote: si no mentí quizá solo se deba a que, justo en ese momento de mi vida, no necesitaba esconder nada.

Resulta muy complicado aceptar la orden de no salir a la calle. Incluso, hasta resulta complicado para un señor tan habituado al encierro como es mi caso. El confinamiento obligatorio trastoca de un modo radical el deseo. Durante los primeros días, dejé de hacer todo aquello que antes de la orden gubernamental me daba placer. Cosas que, necesariamente, ocurrían mientras estaba guardado por decisión propia. Dejé de leer y también dejé de escribir. Cambié la manualidad cotidiana de pasar, una tras otra, las páginas de un libro o la de apretar letras sobre un teclado, por la manualidad apenas más grosera de pintar paredes y techos.

Es cierto que me gusta pintar.

O trabajar en madera.

Me gusta hacerlo, cada tanto, porque logra descansarme de las palabras y porque, también, permite que me abstraiga de todo lo que no sea aquello que estoy haciendo en ese momento. Una forma saludable de poner la mente en blanco. De olvidarme de los alrededores. De conseguir ser prolijo en algo. De ignorar el mundo.

Pintar las paredes.

Y los techos.

La forma que encontré, durante los primeros días de encierro colectivo, para no angustiarme tanto con la presencia invisible de un virus y para no pensar todo el tiempo en que había perdido la libertad de encerrarme solo cuando tenía ganas de hacerlo.

Las charlas telefónicas con Marcela eran cada vez más largas. Y más seguidas. De algún modo, nos acompañábamos a la distancia. Pero, claro, no vivíamos tan lejos el uno del otro. Entonces, bastante pronto le propuse vernos. El viernes siguiente. Encontrarnos en Caburé, una librería de San Telmo en la que, después de la lectura de un par de escritores, cada primer viernes de mes suele convertirse en escenario de una gran fiesta: vinos y bailes que duran hasta la madrugada.

Me respondió que sí.

Era martes.

Aunque reconoció no ser una buena bailarina, le había encantado la idea de dejarse llevar por la música y el vino rodeada por una quermese de libros. Sin embargo, no nos vimos. Ese mismo viernes, por la mañana, me avisó que no podría ir, que no tenía con quien dejar a su hija, que el maldito de su ex no se hacía cargo de nada.

Le creí: nos habíamos prometido que siempre nos diríamos la verdad.

Hace una eternidad, a uno de los costados de la tarima improvisada sobre tablones, yo miraba intermitentemente hacia la banda y hacia las parejas que bailaban sobre las baldosas de la cancha de básquet. La fiesta estaba en su apogeo y a mí no me quedaba mucho tiempo más para disfrutarla: a las once en punto tenía que estar de vuelta en casa, esa había sido la precisa orden de mi madre.

¿Bailamos, lindo?

Me preguntó una chica que medía un montón de centímetros más que yo y tenía por lo menos el doble de edad.

Aunque en realidad todavía faltaba un buen rato para las once, le respondí que no podía, que ya tenía que irme. Ella se rió, me dijo que era una lástima, que tendría que ser la próxima vez y se despidió con un beso sobre, por segunda vez en la misma noche, el rojo ardiente de una de mis mejillas.

Me fui de la quermese.

De inmediato.

Corriendo. Sin siquiera despedirme de mis compañeros de aventura. Y llegué a mi casa unos cuantos minutos antes de la hora convenida con mi madre. Feliz. Sin acordarme que llevaba puesto el odioso pantalón corto pinzado de gabardina verde claro.

Mucho pone la imaginación en los comienzos amorosos. Aquella noche de domingo, por ejemplo, me costó dormir. No podía parar de pensar cómo sería andar en bicicleta junto a Claudia el martes siguiente por la mañana. No podía dejar de fabular qué ropa me pondría, de qué temas conversaríamos, cómo nos miraríamos, qué lugares elegiríamos para pasear y si, en algún momento del paseo, me animaría a pedirle que me dejara andar un rato en su bicicleta.

Fabular.

Imaginar.

Una tarea previa que se disfruta tanto, en el amor, como la realidad posterior. O más. A veces, bastante más.



El lunes que siguió a aquel domingo de plaza y de baile, llegué al club contento y feliz. La noche anterior había vivido un par de experiencias inéditas. Y no me había ido tan mal. A mi manera, las había aprovechado.

Roque me gritó que me acercara.

Me acerqué.

Y en apenas unos pocos segundos, mi alegría desapareció por completo: Claudia le había dicho que no podría salir a pasear conmigo mañana, que ya me avisaría cuando pudiese.

Suele pasar.

Pasa.

Insisto en que muchas veces se disfruta más de los planes previos que de las realidades amorosas posteriores.

Después de aquel viernes del fallido encuentro con Marcela, le propuse ir a visitarla. Me respondió que no, que mejor no, que sin falta el sábado siguiente a mediodía ella vendría a mi casa, que le gustaba el asado, que le preparara un asado en esa parrilla tan bonita que había visto en una de las fotos que le había enviado.

El sábado a la mañana salí a comprar el asado.

Sin embargo, apenas volver de la carnicería me avisó que tampoco podría esta vez, que la disculpara, que su ex, que su hija, que.

La novela es una de las formas más prestigiosas de la mentira. Así como jamás existió Dulcinea, tampoco existió Don Quijote. Aunque hay gradaciones. Las mentiras del narrador árabe resultan siempre más verosímiles que las mentiras de sus personajes. Cide Hamete Benengeli hace más creíble al caballero que a la dama. Sabe esconder detrás de la locura la mentira original y explícita hasta el hartazgo lo falso de la invención de la princesa del Toboso.

Las novelas.

Esas historias mentirosas que, durante siglos, casi en su totalidad han escrito los hombres.

¿Y el amor?

No me gustaría pecar de hombre que escribe novelas. Sin embargo, voy a hacerlo. Tengo que hacerlo. En el fondo, no me queda otra salida: soy un hombre que escribe novelas. Recién después del segundo encuentro fallido, y mientras la carne para el asado todavía descansaba en uno de los rincones de la heladera, Marcela me contó por teléfono que

estaba en pareja. En una relación, me explicó en detalle, que llevaba su tiempo, que estaba ya muy desgastada, que debía ponerle un punto final, pero que no encontraba el modo ni el momento oportuno para hacerlo.

Las novelas.

Esas mentiras que, casi en su totalidad, en el pasado fueron escritas por hombres. Y en donde, por lo general, las que escondían, las que traicionaban y las que mentían eran las mujeres.

No es fácil ser un hombre que escribe novelas en el siglo XXI y contar lo que acabo de contar.

Lo sé.

De inmediato, llamé por teléfono a Anselmo y comimos juntos el asado. Le conté las novedades. No estaba enojado, solo triste. Y decidido a que el tiempo, sin ninguna intervención de mi parte, resolviera de algún modo la cuestión.

Olvidarnos o esperarnos.

Tampoco podía hacer otra cosa.

Dejé de enviarle mensajes. Marcela también dejó de enviarlos. No tenía sentido. Creo que sin haberlo conversado, los dos habíamos llegado a la conclusión de que solo el tiempo podría resolver el asunto.

Olvidarnos o esperarnos.

Como en las novelas.

A Cervantes no le gustaba describir físicamente a sus personajes femeninos. No le gustaba aquello que tanto les gustaba a los escritores de su época y a los novelistas que lo sucedieron hasta bien entrado el siglo XX.

No lo hacía.

A lo sumo, refería la belleza extrema de la dama en cuestión y el color o el brillo de su cabello.

El momento culminante de este disgusto por la descripción de los personajes femeninos quizá se encuentre en la complicada boda de Basilio y Quiteria: allí decide que sea la ironía de Sancho y no la seriedad de Benengeli quien dé cuenta de la llegada de la novia. No las describía.

No le hacía falta.

A diferencia de la mayoría de los hombres ricos y posteriores a él que en el pasado escribieron novelas, Cervantes era pobre. Una diferencia fundamental. No se enamoraba de la imagen lejana de una mujer que veía aparecer a lo lejos en la escasa ventana de un

palacio o al paso de un carruaje o durante una misa tapada con velos. Conocía a las mujeres en la calle, de cuerpo entero. No necesitaba imaginarlas, le alcanzaba con mirarlas.

A mí tampoco me gusta describir.

Dorotea será Dorotea.

Algo menos de tres años después de aquella noche de quermese, la misma cancha de básquet había mudado de pista de baile a cancha de vóley. Y ahí estaba yo, perdiendo junto a mis compañeros la final del torneo intercolegial.

También estaba ella.

Dorotea.

Aunque no pertenecíamos a la misma escuela, ella iba a una nocturna para adultos, la escuché alentarme a los gritos durante todo el partido. Y, al terminar, se acercó hasta donde estaba yo lamentándome por la derrota. Si bien seguía llevándome los mismos varios años de edad, ya no me llevaba tantos centímetros. Es más, ahora yo era un poco más alto que ella.

Creciste, me dijo.

Pero seguís igual de lindo, agregó enseguida entre risas.

No recuerdo si a los catorce años todavía mis mejillas se ponían rojas. Supongo que sí, estoy casi convencido de que sí, de que todavía no había superado esa primera etapa de mi timidez.

No le contesté nada.

Solo sonreí y bajé la cabeza.

Quizá la escena exhiba justo el momento de la transición histórica entre el rubor de mi cara y la tardanza en animarme a decir aquello que tengo ganas de decirle a una mujer. Se dieron las dos calamidades al mismo tiempo. Es más: estoy convencido de que esa tarde, con Dorotea y a un costado de la cancha de básquet, se dio el instante de timidez más exagerado y más elocuente de toda mi vida amorosa.

Después de que Marcela me contara que estaba en pareja, dejamos de contactarnos. No tenía sentido. Eso hasta que, una noche de enero, mi teléfono se llenó con sus mensajes. De repente, supe que pasaba sus vacaciones en la playa, que había dejado a su hija con la abuela, que estaba con él, que había sido un error tomarse todo un mes para ver lo quedaba entre ellos, que se sentía muy mal y muy sola, que ya no le hablaba, que me extrañaba, que apenas volviera de sus vacaciones vendría a visitarme.

Entonces.

Volvimos a enviarnos decenas de mensajes. Día tras día.

Le creí. A pesar de todos los pesares. Le creí porque no son fáciles de resolver los entuertos amorosos. Ni los míos ni los de ella ni los de nadie. Cómo no creerle. En uno de los tantos mensajes, me animé y le pregunté por qué no lo hablaba con él y se volvía. Me respondió que no, que no podía hacer eso, que necesitaba tiempo, que no, que así no, que terminaría la relación apenas retornar de las vacaciones.

No son fáciles de resolver los entuertos amorosos.

De ninguna manera tendría que haberle creído.

Lo cierto es que Marcela volvió de la playa, que sus excusas se multiplicaron, que pasó todo febrero sin venir a visitarme y que los mensajes comenzaron a espaciarse nuevamente.

La culpa de escribir historias amorosas siendo varón en el siglo XXI. ¿Por qué, entre tantas otras, tuve que elegir justo una en la que es la mujer la que pone excusas, la que no dice toda la verdad? Quiero creer que solo se trata de un asunto azaroso, que quería escribir acerca del amor masculino a partir de contar la primera y la última de mis experiencias, que se trata de una casualidad no buscada.

Aunque no lo sé.

Realmente, no lo sé.

Quizá la elección de la primera y de la última de mis historias de amor no sea más que un recorte arbitrario, una oscura decisión inconsciente. Tan machista y tan inmanejable como cualquier otra decisión masculina en estos tiempos de cambios culturales tan vertiginosos.

Aunque no lo sé.

Repito que no lo sé.

No es bueno que el hombre esté solo. Eso es lo que se cuenta en el Génesis que dice Dios al principio de todas las historias que dicen el mundo. Recién entonces, al darse cuenta de la soledad masculina, se le ocurre crear a Eva con la ayuda de una de las costillas de Adán.

El machismo, casi un asunto divino.

Un asunto incluso anterior a la necesaria existencia de la mujer.

Estoy solo. Encerrado desde hace semanas. Y quizá la extrema soledad del encierro que me ha impuesto la pandemia, tenga algo que ver con la decisión de escribir el amor únicamente a partir de la primera y de la última de mis experiencias amorosas: no pudiendo ejercer socialmente los resabios de mi machismo, lo hago de manera inconsciente, de manera íntima, en medio de este encierro interminable.

Machismo en soledad.

Me pasa, salvando las distancias, exactamente lo mismo que hace una eternidad le pasó a Dios.

Releo lo que escribí y me asaltan un montón de dudas. Dios no tarda en darse cuenta de la soledad de aquel primer hombre que acaba de crear a su imagen y semejanza. Lo reconoce y, rápidamente, enmienda el error. Pero él mismo está solo desde siempre. Y no se crea una pareja para que lo acompañe.

¿Cómo hace Dios para descubrir la soledad de Adán sin vislumbrar su propia soledad?

Puede que la solución que encuentre para sí mismo sea la creación del universo y dentro de él al hombre y a la mujer. Puede que esa solución lo distraiga, le permita hurgar en lo que hacemos o dejamos de hacer los seres humanos. Pero, definitivamente, lo deja igual de solo que antes de la creación.

Un montón de dudas.

También respecto de lo inexplicable del amor divino.

Tengo menos dudas respecto de otras cuestiones. La de Dorotea, por ejemplo, no es una historia de amor. Tiene que ver solo con el sexo. Sin embargo, en medio de mi confinamiento solitario, intuyo que una historia íntima del amor masculino no puede olvidarse de lo sexual. No puede. De ninguna manera. Amor y sexo, esos asuntos que algunas veces van juntos y otras, la mayoría, no pasan ni cerca.

Dorotea.

Aquella que me había invitado a bailar en la quermese y me había dicho lindo, la misma que tres años más tarde se había acercado hasta mí después de la derrota en torneo intercolegial, fue la mujer con la que tuve mi primera experiencia sexual. Al poco tiempo del partido de vóley, nos encontramos una noche, en un bar donde se jugaba al bowling. Una moda, la de jugar al bowling que no duró demasiado en mi pueblo. Dorotea vino a saludarme hasta donde estaba yo con unos amigos. Y, al rato, me pidió muy cerca del oído, que la acompañase hasta su casa, me explicó que vivía lejos y que no quería andar sola a esa hora por la calle, que por favor, que le daba miedo.

Más marcas de pueblo y de época: todos en el bowling sabíamos que Dorotea era *una chica fácil*. Una definición que marcaba a las mujeres que cogían respecto de aquellas otras que no lo hacían o lo hacían solamente con sus novios.

Le dije que sí, que por supuesto la acompañaba.

Mi cabeza era una fiesta.

Por fin iba a coger.

Ahora, desde la soledad del encierro, se me ocurre que nombrar *fáciles* a las pibas que cogían en contraposición con las que no cogían, no hacía más que exhibir el hecho de que todos los varones éramos fáciles. Tanto que no hacía falta marcar a ninguno de los nuestros.

Salí y esperame en la otra esquina, en un rato salgo, no quiero que vean que nos vamos juntos, no quiero que después hablen.

Salí.

Y la esperé un rato largo.

Una espera eterna, repleta de confusión, de ansiedad, de felicidad, de dudas. ¿Cogería finalmente esa noche por primera vez?

Las esperas. Otra constante de mi vida. Los días pasaban y Claudia no daba señales de vida. Mi novia ni siquiera iba a bañarse a la pileta del club. Roque, su hermano, no me decía nada acerca de la posibilidad de que ella aceptara alguna fecha próxima para salir a pasear en bicicleta y yo no me animaba a preguntarle. Camila, que sí iba a la pileta del club todas las tardes, tampoco me decía nada y yo callaba.

Al comienzo de la segunda parte, Don Quijote decide ir al Toboso. Encontrarse con Dulcinea, por fin. Se trata de una decisión complicada. Sobre todo para Sancho quien será el encargado de llegarse hasta la aldea, buscarla y traérsela a su caballero que esperará por ella en las afueras.

Sancho sabe.

Sabe que Dulcinea es en realidad Aldonza Lorenzo. Y también sabe que la moza original poco tiene que ver con la idealización que de ella ha forjado la mente de su amo. El enamorado es su caballero, no él. No tiene modo de engañarse. Entonces, no la busca. Se topa en el camino con unas campesinas y le asegura al Quijote que una de ellas es su amada. El caballero no cree que esa sea Dulcinea y su escudero, a partir de lo que ha aprendido a lo largo de la historia, se las ingenia para hacerle creer que no puede verla en todo su esplendor porque algún maligno lo ha encantado y no se lo permite. Uno de los momentos más sobresalientes de la historia: no es la locura del protagonista la que lo hace ver cosas que no existen, sino que es su compañero de aventuras el que le inventa la realidad.

Un momento maravilloso.

Fantástico.

Pero que nos priva a los lectores de saber qué hubiese ocurrido si Sancho lograba enfrentar al caballero con la verdadera Aldonza Lorenzo. Sancho, por conveniencia, por vagancia,

o por lo que sea, nos priva de descubrir lo que pasa cuando la idealización del amante se enfrenta a la realidad. Algo que nos pasa a casi todos en algún momento de la vida de cualquier amor.